

pecador, de la conquista de un alma, que excede á la que causan todos los justos, segun la expresion de la Escritura, ¿qué gozo no concebiría nuestra Madre al considerar el celo de los apóstoles despues de la venida del Espíritu Santo, la constancia de los mártires, el amor de los confesores, la pureza de las vírgenes, la exaltacion del Salvador por todas las naciones y en todos los siglos? Motivos todos de tanto gozo, objetos de tanta gloria, que no pudieron ser suprimidos en el corazon de María durante la augusta escena del Calvario que los producía. Es pues constante, señores, que las angustias de María son una especie de prodigio, donde no se sabe qué cosa sea más digna de admiracion, si la afliccion que causaban en su alma, ó la gloria y gozo que de ellas le resultaba. Veneremos, pues, con sumision los ocultos juicios de Dios, que para nuestra edificacion y enseñanza nos presenta tan raro ejemplar de conformidad con Jesucristo, para que reconozcamos haber sido nosotros mismos la causa de su amargura y de sus penas; y que miéntras más aceptos á Dios debemos ser más acrisolados en el fuego de la tribulacion. Así, pues, cuando nos veamos oprimidos de la mano del Señor, clamemos con María, con S. Pablo y demás justos: «De buena voluntad me gloriaré en mis enfermedades y trabajos para adquirir la virtud de Jesucristo, y me complaceré en mis angustias por este divino Salvador.»

Augusta y soberana Patrona, consuelo nuestro, refugio nuestro, dulce esperanza nuestra: desde el alto sólio á que os elevó vuestra conformidad con Jesucristo en sus trabajos, echad una mirada favorable sobre los hijos de vuestros dolores, que claman por la remision de sus pecados, confiados en vuestra proteccion. Conocemos nuestros crímenes, origen de vuestras penas: los detestamos á presencia de los ángeles de paz, custodios de vuestro templo: deseamos sinceramente nuestra reconciliacion: sed Vos nuestra medianera para con Jesucristo, cuyo augusto y adorable nombre sea ensalzado en los Cielos y en la tierra. *Amen.*

---

## NUESTRA SEÑORA DEL ARCO.

---

*Vide arcum, et benedic eum qui fecit illum.*

Contempla el arco, y bendice al que lo hizo.

(ECLÉS. XLIII, 12.)

Acostumbran los hombres, cuando sienten muchísimo amor hácia alguna persona, hablar de ella con frecuencia, y como si la propia lengua no tuviese expresiones bastantes para alabarla, expresar con los títulos sus más honrosas cualidades y con los epítetos más escogidos las dotes de su ánimo y corazon. De esta suerte, el Esposo de los sagrados cánticos llamaba á su amada con los nombres de amiga, de hermana, de paloma; y ésta le correspondía llamándole bello y gracioso. Del mismo modo David, que sentía para Jonatás los más ardientes afectos de fervorosa amistad, solía llamarle amable y tiernísimo; y San Pablo, escribiendo á los primeros cristianos, á quienes amaba tiernamente y con evangélica caridad, solía llamarles su gozo y su corona.

Lo propio ha sucedido con la devocion del pueblo cristiano á María. El culto á esta Sma. Virgen, nacido en los montes de la Judea, ha crecido de siglo en siglo; y sus devotos, no queriendo perderla de vista por un solo instante, deseando seguir sus pasos, queriendo representársela bajo todas sus formas, le prodigaron los epítetos más afectuosos y los títulos más expresivos. Sin duda me haría pesado si quisiese enumerar todas las frases afectuosas, con las cuales nuestros padres hablaron de María; y paso en silencio tantos melodiosos vocablos como se le han dirigido en todos tiempos para celebrarla en sus glorias y en sus beneficios.

No obstante, en la alegría de la presente fiesta, ciertamente que no puedo pasar por alto el título de Nuestra Señora del Arco con que la saludamos hoy, postrados ante su imágen. Antiguo por su origen, venerando por su significado, bendito por las gracias que con este

título se obtuvieron, y querido por los prodigios que se han presenciado, este título ha servido siempre de esperanza y de consuelo para las almas cristianas. Debiendo, pues, hallar un argumento á propósito para la festividad de hoy, sin que presuma enumerar todas las elevadas y consoladoras ideas que se encierran en ese título, presentaré algunas que se han verificado en el Cielo, en el Infierno y en la tierra. Y en efecto; si miramos al Cielo, nos será fácil reconocer en María el arco de la paz, puesto que por Ella se mostró Dios propicio á los mortales; si miramos el Infierno, nos será fácil reconocer en María el arco de la victoria, ya que Ella lanzó los dardos que derrotaron á Lucifer; si miramos á la tierra nos será fácil reconocer en María el arco de la fortaleza, porque su patrocinio hizo y hace fuertes á cuantos quieren tomar parte en las batallas del Señor y subir á los gozos inefables del Paraíso. Hé ahí, amados hermanos, la triple idea, que en loor de María, venerada bajo el título de Nuestra Señora del Arco, desarrollaré, con la justa confianza de que será bastante para atraer sus beneficios sobre vosotros, y encender cada día más hacia Ella el santo fervor de vuestra confiada piedad y la firme esperanza de vuestra devoción filial. Pidamos ántes la gracia: A. M.

Después del diluvio universal, Dios, para abrir á la fé y á la confianza el corazón de la familia de Noé, espantada por aquel terrible castigo, le prometió que nunca jamás lanzaría á manos llenas los rayos de su ira; y para asegurarla del testimonio de su misericordia, añadió: Cuando habré cubierto el Cielo de nubes, entonces aparecerá mi arco, y me acordaré de la alianza contraída con vosotros. Ahora bien; lo que Dios dijo á la familia de Noé, lo ha repetido á nosotros, ofreciéndonos la salud de los enfermos, el auxilio de los débiles, la alegría de los tristes y la madre de los consuelos, María. Él nos la dió como el iris de la paz; y cuando su justicia irritada por nuestros pecados está á punto de lanzar sobre la tierra sus rayos, una mirada de María le aplaca, una palabra de María le suaviza.

Y esto se verificó desde el día que María vino al mundo. En efecto, son terribles las imágenes, con las cuales ántes de que hubiese aparecido esta Virgen, hija de Sion, Dios se manifestaba á las naciones. Salomón le pinta como un ardiente guerrero, que teniendo por armas un severísimo celo, en el pecho por coraza una justicia inflexible, por yelmo en la cabeza un juicio riguroso, aguza todo su desdén sobre la punta de una lanza penetrante, de suerte, que de un solo golpe traspasa el espíritu y el corazón. Isafas le muestra como

un gigante, que sale al campo á luchar con el enemigo, y recobrada la fuerza más violenta de su furor, empuña una terrible espada de modo que á su brillo sigue el exterminio y la muerte. David le compara con un poderoso, que despertado de su profundo sueño y resentido por provocada venganza, se arroja sobre sus enemigos, que puestos en fuga, hiere y persigue. Un profeta vió en su diestra una balanza con la cual pesa los montes; otro le descubre en los lábios una espada de dos filos; aquel, ve á sus piés un torrente de llamas, teniendo por voz las saetas, por rayos los truenos, y por cortejo todos los elementos desencadenados. ¿Qué diríais, pues, de Aquella, que puesta delante de esta ira la aplacase con la sonrisa de su candor y pureza? ¿No la llamaríais arco de paz si consigue convertir un Dios terrible en Dios de bondad? Es María, que presentándose delante del trono de Dios, le quita la ira de los ojos, le arranca los dardos de la mano, le pone el perdón en el corazón; y aquel Dios, que irritado por las culpas de los hombres había vuelto su rostro, se hace amigo, hermano, bienhechor y padre de los hombres. Y María, que bella con virginal belleza tanto place al Altísimo, le alegra y le enamora de tal suerte, que quedan despuntados sus dardos, y por las anchas vías del firmamento los ángeles entonan alegres el cántico hermosísimo del amor. Es María, que cual nueva Abigail, aplaca la ira del príncipe; cual nueva Esther, hace las delicias de Asuero; y cual nueva Sulamite, hizo bienaventurado el corazón del esposo con los cánticos de los místicos epitalamios.

Es verdad que el Señor piadosísimo prometía siempre hacer paz con los hombres; pero lo es también que no llevó á efecto esta promesa de su bondad y de su misericordia sinó después de la venida de María. El lirio de los valles, en que debían rehabilitarse las naciones, no podía brotar sinó de la profetizada raíz de Jesé; el rocío de las gracias con que debían ser enriquecidos los pueblos, no podía llover más que de la suspirada nube de Elías; el Sol de justicia, con que debían ser iluminadas las naciones, no podía abrasar la tierra con sus rayos, sin haber aparecido ántes la aurora de los beneficios. Efectivamente; aparece María, y se verifican las profecías, se cumplen los símbolos, y se realizan las figuras. El Verbo, como esposo que sale del tálamo, y como gigante que sale al encuentro, se apresura á manifestar la obra del amor; y Dios adquiere el solo título que le faltaba, ó sea, el que le presenta como nuestro salvador y amigo. En verdad que si ántes de María, Dios podía llamarse Señor, Dueño, Criador, y con cuantos nombres le pertenecían por su poder, por su

grandéza y por su inmensidad, ciertamente no podía llamarse con e nombre de Salvador. Este nombre por el cual se ha dado á conocer propicio y benévolo á los pobres mortales, lo adquirió cuando hubo realizado en beneficio nuestro la piadosa obra de la Redencion; y si la Redencion no se realizó sinó despues de la aparicion de María y por María, podemos decir que Dios adquirió por María el título de Redentor, ó sea, aquel título que indica la paz que hiciera con el hombre; y concluir, por ultimo, que María puede llamarse verdaderamente Nuestra Señora del Arco, porque fué verdaderamente el Arco Iris de la paz, que hizo propicio á Dios para bien de la humanidad.

Mas, para conseguir que la humanidad experimentase verdaderamente los efectos de la paz, era necesario abatir el enemigo causa de la guerra, lo cual se verificó por María, de manera, que aquella que puede llamarse Nuestra Señora del Arco, porque fué el arco de la paz habiendo aplacado á Dios en bien de la humanidad, puede tambien llamarse Nuestra Señora del Arco, porque fué el arco de la victoria con el cual se dispararon los dardos que aplastaron á Lucifér y á todo el poder infernal.

En verdad, precipitado Lucifér del Cielo, donde le vinieron á la mente los ambiciosos planes de reinar sobre las esferas, les veía coronados, en parte, de un éxito feliz reinando sobre la haz de la tierra. Donde quiera tenia templos y altares; donde quiera recibía homenajes y sacrificios; donde quiera veía extenderse la gloria de su nombre en los progresos de la idolatría. Sostenido por la política de los magistrados, protegido por la impostura de los oráculos, y favorecido por las cábalas de los ministros, tenía veneraciones y hostias en todo lugar. Tan soberbio conquistador, á consecuencia de la prevaricacion de Adán, veía su reinado, fundado desde los albores del mundo, crecer con el progreso de los pueblos, extenderse con la multiplicacion de las gentes, y confirmarse por un nuevo y continuado imperio, teniendo esclavos á los hombres bajo su cetro de hierro.

Empero, aunque hubiese sido prometida la caída de este mónstruo, las promesas no se realizaban; y por mas que los Profetas hubiesen dicho á Israel, que rotas las cadenas por el poderoso león de Judá, se renovarían todas las cosas, todavía no se veían cumplidas aquellas promesas que vaticinaron tanto bien. Esta tardanza era debida á que la primera victoria sobre Lucifér debía cumplirse por las manos de María. Yo, habia dicho Dios á la serpiente en el Edén, pondré enemistades entre tí y la mujer; y ésta, que debía ser la mujer fuerte, la

mujer vencedora, la mujer honor y gloria de su sexo, esta mujer era María.

Y María venció á Lucifér. El orgulloso, que acostumbrado al triunfo por espacio de cuarenta siglos, así que la vió, ya la contaba entre sus presas: cuanto más celestiales descubría sus lineamentos, y más divino su aspecto, tanto más se gozaba en la nueva conquista, y abría las fauces para oscurecerla con su pestífero aliento, y extendía sus terribles garras para estrujarla. María, que ardía toda en caridad, se encontró frente á frente con aquel antiguo homicida; pero cuando el impío estaba á punto de echársele encima, Ella emprendió más raudo vuelo, y precipitándose sobre el mónstruo, aplastádole la cabeza, y subyugada la cerviz, lo tuvo vencido á sus piés. Dios la sostuvo con su brazo en el calor de la lucha; y luego que la serpiente infernal se vió aplastada y envilecida bajo el calcañar, le dijo: Vé ¡oh María! y te salude el mundo Nuestra Señora del Arco, porque tú eres verdaderamente el Arco del cual fueron disparados los dardos que han subyugado el poder de Lucifér y del Infierno.

A la primera victoria sucedió la segunda; y María, que derrotó á Lucifér por sí misma, se detuvo á derrotarle igualmente por nosotros. ¿Y no fué esta Virgen la que hizo oír el primer sonido de aquellas levíticas trompetas, por las cuales vinieron al suelo las inexpugnables torres de Jericó? ¿No fué esta la Mujer, que mostró en sus manos el invencible poder de aquella Judith, que anonadó la orgullosa audacia de Holofernes? ¿No fué esta la heroína de la cual nos vino aquel divino Moisés, que libertó al pueblo santo de la oprobiosa esclavitud del infernal Faraon?

Volad, pues, ángeles del Cielo, á llevar estas faustas noticias á la tierra. Caerán en Roma los altares erigidos al venerado Júpiter Capitolino; callarán en África los oráculos, que bajo el nombre de Ammon engañan á los crédulos suplicantes; no serán más manchadas las aras con la sangre de los sacrificios idolátricos; ya no se llenará más la tierra de inmundos númenes del paganismo. Volad, ángeles del Paraíso, y sobre los arruinados templos, sobre las destruidas aras y los derribados simulacros, decid tambien á las gentes, que por María cayó el poder del Infierno. Sí, cayó el poder del Infierno; y en el centro de las profundidades de aquel abismo, donde tienen asiento el llanto y el dolor, se vió á su príncipe desanimado y envilecido. Cayó el poder del Infierno, y Lucifér, con la cabeza aplastada, roto el cetro y el estandarte hecho girones, fué precipitado en lo profundo de aquellas cavernas, de donde había

salido para perder á los hombres. Cayó el poder del Infierno, y todos los príncipes de las tinieblas, rugiendo con la rabia de mil leones, tuvieron que ver en manos de María el Arco de la victoria del cual salieron los dardos que les anonadaron.

A pesar de todo esto, no niego, hermanos míos, que Lucifér procura de vez en cuando volver á la obra para sembrar entre los hombres el escándalo y el pecado; pero, añado, que jamás podrá vencer á aquellos que se refugian bajo la sombra del patrocinio de María; porque María, no solo es el Arco de la paz, habiendo hecho á Dios amigo del hombre, ni es solo el Arco de la victoria, habiendo derrotado el poder infernal, sinó tambien el Arco de la fortaleza, infundiendo á sus devotos un valor invencible.

Es propio del arco sostener los edificios en ruinas; así es, que con arcos se robustecen los puntos débiles de una fábrica que amenaza ruina. Ahora bien; ¿quién ignora, que así lo hace María? La misma demostracion de las dos proposiciones que acabo de exponer nos conduce á esa consoladora consecuencia. En efecto, lo que avalora en nosotros la fuerza por lo que mira al espíritu es la gracia, mediante la cual nos adelantamos con solícitos pasos por las sendas de la virtud, y podemos, en todo caso, resistir la violencia de las tentaciones; y lo que debilita es la privacion de esta misma gracia, por la cual, faltos de su poderosísimo socorro, nos fatigamos de las incomodidades que acompañan á la virtud, y nos desanimamos á causa de las tentaciones con que nos molesta el enemigo. Pues bien; la gracia viene de Dios, y ya hemos demostrado que Dios se nos hizo propicio por María. Lucifér suscita las tentaciones contra nosotros, y tambien hemos demostrado que Lucifér fué vencido por María; y queda igualmente demostrado, que por María recibimos la fuerza que necesitamos para adelantar en la virtud y vencer las tentaciones.

Cuantos han querido resistir el peso de las infernales asechanzas, se fortalecieron con la proteccion de María, y acudieron á su patrocinio cuando defendieron varonilmente la piedad y la fé en medio del pueblo cristiano. Así lo practicaron los Santos; y bastará recordar á San Andrés Corsini y á San José de la Cruz, quienes recurriendo á María, se vieron libres de las funestas seducciones que los enemigos espirituales ponían ante su entendimiento y su corazón. Lo propio practicaron los misioneros, bastando recordar á San Fidel de Sigmaringen y á San Felipe Neri, el primero de los cuales convirtió á muchos en la Helvecia por intercesion de María; y recurriendo el

segundo la ciudad de las siete colinas con el nombre de María en los lábios, llamaba á sus habitantes á las sendas de la propia salvacion. Lo mismo obraron los Pontífices, bastando recordar á Gelasio I, quien despues de haber instituido la fiesta de la Purificacion de María, extirpó los inmundos juegos Lupercales; y Pio VII, que saludando á María con el nombre de Auxilio de los cristianos, cicatrizó las heridas que habian desgarrado á la Iglesia por mucho tiempo. Así de esta manera, esos Sumos Pontífices venían á reconocer á María por Nuestra Señora del Arco, porque así como el arco sostiene los edificios ruinosos, tambien María sostiene el ruinoso edificio de la piedad y de la fé; y de la misma manera que es propio de los arcos fortificar los puntos débiles de una fábrica, tambien María infundió fuerza en aquellos espíritus que se sentían débiles para romper los lazos de la culpa, y arrojar en los brazos del gran Padre de familias abandonado con ingratitud.

No creais, amados hermanos, que María se haya limitado á solo los hechos referidos, ó que solo haya infundido este poder y fortaleza á algunas almas. ¡Oh! ¡Cuántas veces la tentada doncella le confió su virginidad, se vió libre del gavilán ya próximo á estrecharla, pobre paloma, entre sus garras! ¡Cuántas veces la ultrajada esposa derramó en su seno las ardientes lágrimas, se vió consolado con improvisozgo en medio de las penas que tanto amargáran su existencia! ¡Cuántas veces el humilde ermitaño, asaltado en la cumbre de un monte por espíritus infernales, invocó su nombre, se vió libre de las angustias y vencedor casi sin combatir! Cuando el pecador encenagado en los vicios trás tantos años de pecados quiera salir del lodo en que se revolcó ¡ah! recuerde aquellas horas benditas en que su piadosa madre le hacía repetir el nombre dulcísimo de María, que lleve á la memoria alguna de aquellas oraciones, que le quedaron impresas desde su infancia, arrodillado delante de una imágen de la Santísima Virgen; y cuando haya dicho con fé viva y esperanza firme: *Ruega por nosotros pecadores...* será salvo. Sí; lo que acabo de decir forma, hermanos míos, la historia de tantos, que, cargados de culpas, acudieron á María, los cuales quedaron fuertes de tal suerte, que no pudieron retenerles por más tiempo los halagos de la inmunda Babilonia. Si tuviese tiempo suficiente para invocar su testimonio, ó si pudiesen resucitar de sus silenciosas tumbas, sobre las cuales se han amontonado los siglos, y subiendo á este púlpito narrar cuanto experimentaron por el patrocinio de María, no os cabría duda alguna de reconocer el arco de la fortaleza en Aquella, que

tanto vigor infundiéra en los ánimos de los hombres vestidos de frágil carne, débiles y miserables como nosotros.

Renazca, pues, entre nosotros la devoción á esta Madre tiernísima, rodéense sus altares con nuestros obsequios, promúlguese sus beneficios, y celébrense las glorias de su nombre. En medio de la noche de nuestros días abrámonos paso, volviendo los ojos á la luz que á su alrededor esparce continuamente María para sus devotos; en medio de tantos enemigos, que procuran aletargar nuestra virtud, descansemos en la grata esperanza de las gracias, de que María ha sido siempre manantial inagotable; á las olas furibundas del vicio y del error, con las cuales el Infierno procura precipitarnos en el naufragio, opongamos la barrera invencible del poder de María. Poniendo bajo su custodia la salvación de nuestras almas, y haciendo de su ternura el más precioso de nuestros bienes, podremos confiar en el delicioso gozo de poseer un día aquella bienaventuranza y aquella gloria, á que nos llama el título honrosísimo de hijos de María. Y en verdad, que si María nos protege, podemos regocijarnos de nuestra suerte, porque Ella es el Arco de la paz y nos hace amigos de Dios; es el Arco de la victoria y nos muestra vencido á Lucifer; es el Arco de la fortaleza, y nos ofrece toda la fuerza necesaria para subir al Paraíso.

---

## NUESTRA SEÑORA DE LA AURORA.

---

*Quæ est ista, quæ progreditur  
quasi aurora consurgens?*

¿Quién es esta que va subiendo  
cual aurora naciente?

(CANT. VI, 9.)

Era muy entrada la noche, y al patriarca Jacob, que de la Mesopotamia se dirigía á su país natal de Canaán, le apareció un ángel en figura humana. Llamado á la lucha, combatió el patriarca contra aquel desconocido; y durante largo rato luchó en suerte varia, sin resultar vencido ni vencedor. Entretanto, oscureciéndose el esplendor de las estrellas, empezaba la aurora á iluminar los dilatados campos del espacio, cuya aparición fué como la señal que indicaba el fin de aquella lucha.

Este hecho, segun lo explican varios intérpretes de los libros sagrados, encierra un misterio. En la lucha sostenida por el ángel contra Jacob vislumbran un símbolo de la lucha sostenida por muchos siglos entre Dios y el hombre; y en la aurora, por la cual terminó toda querrela, notan un símbolo de María, que apareció ministra de misericordia y de paz. Es indudable que las cosas cambiaron de aspecto con la venida de María. Dios, que se había encerrado en la magestad de su justicia, sonrió viendo esta hermosa hija de Sion, y apartó la mirada de las saetas de muerte que centelleaban á los piés de su trono. El hombre, luego que reconoció el error en que cayera por la culpa, volvió sus ojos al Cielo; y rehabilitado para concebir y abrigar nobles sentimientos, comprendió la grandeza de su vocación. Así tuvo fin la lucha; y por María se dió fausto principal al reino de la concordia y del amor.

Por consiguiente, debiendo hoy hablaros de María venerada bajo el título de Nuestra Señora de la Aurora, creo no iré fuera de pro-